

FILOSOFIA DE LA CULTURA EN WATSUJI Y UNAMUNO

En un artículo anterior, en que comparaba las posiciones respectivas del filósofo japonés y el pensador español ante el problema de la transculturalidad del lenguaje filosófico¹, me refería a la coincidencia de Watsuji (1889-1960) y Unamuno en la preocupación por el problema de la identidad cultural de su país. Ahondando un poco más en el mismo tema, creo que tiene aún actualidad la comparación del pensamiento de ambos autores que tan decisivo influjo ejercieron, cada uno desde su esfera, en la formación del pensamiento filosófico contemporáneo de sus respectivos países confrontados con el dilema entre la tradición nacional y la modernidad extranjera.

Cuando Watsuji se repetía la pregunta filosófica “¿qué es el hombre?”, esta interrogación iba inseparablemente unida a otra: “¿qué es el Japón?”, “¿qué somos y adónde vamos los japoneses?”. Y cuando Unamuno, a través de sus ensayos, novelas, poesías o dramas perseguía la que él consideraba como única cuestión y se interrogaba “¿quién soy yo?”, esta pregunta iba ineludiblemente acompañada por otra: “¿qué es España y los españoles?” “¿Cuál es la tradición y la esencia de Vasconia y de Castilla, de Bilbao y Salamanca?”².

En ambos pensadores tanto el problema personal de la propia vida y su sentido como el problema de la filosofía estuvieron siempre unidos al de la identidad cultural del propio país. De ahí el interés en comparar lo que Watsuji y Unamuno pensaron sobre el paisaje, la historia, la lengua, la patria y la libertad humana.

Las consideraciones que expongo a continuación han surgido en el contexto de un interés creciente por lo español en Japón a

¹ *La índole transcendental del lenguaje filosófico*, B.A.E.O., 1975, pp. 63-69; cf. también *Cuadernos de la cátedra de M. de Unamuno*, 21, 1971, 157-158 y 22, 1972, 5-11.

² “Yo busco a mi patria, al alma de mi patria, y sé que está en mí, dentro mío, mucho mejor que en viejos y polvorientos pergaminos, cuyo polvo se entretienen en empolvar más aún los eruditos” (O. C., VIII, 303). “Meditaba en la íntima unidad de mi vida en comunión con mi España...” (O. C., VIII, 1159).

que me refería en el artículo citado³. Mientras me ocupaba de traducir al español la obra de Watsuji *El hombre y su ambiente*⁴ tenía que simultanear este trabajo con el de revisar y anotar la traducción japonesa de las obras selectas de Unamuno. Desde esa situación surgieron estas reflexiones. Las dividiré en grupos de temas: el paisaje, la historia, la lengua, la patria y la libertad del hombre.

1. Paisaje

En su obra *El hombre y su ambiente* nos cuenta Watsuji, siguiendo las etapas de su viaje en barco desde Japón a Europa, sus impresiones sobre tres tipos de climas: el del monzón asiático, el del desierto y el de las zonas verdes de Europa. A propósito de estas impresiones reflexiona sobre la diversa idiosincrasia de los pueblos y trata de explorar con la mirada de un filósofo y crítico de la cultura el tema de la esencial ambientalidad de la existencia humana.

Durante el largo viaje en barco había experimentado Watsuji en carne propia las diferencias de paisaje y clima. Después tuvo que pasar por el difícil proceso de adaptación que supone para un japonés la asimilación de la cultura europea en una universidad occidental. En 1927 estudia Watsuji *Ser y tiempo* y se interesa por Heidegger. Como japonés piensa que hay que completar las reflexiones del filósofo alemán sobre el tiempo con una mayor profundización en el tema del espacio y de la ambientalidad como estructura de la existencia humana. Se dedica entonces a reelaborar sus notas de viaje sobre diversos ambientes, paisajes y climas desde el punto de vista de una antropología filosófica especialmente preocupado por el tema del condicionamiento esencial del hombre por su ambiente. El clima y el paisaje que nos vieron nacer son, piensa Watsuji, como la prolongación de nuestro propio cuerpo. Nuestra biografía es inseparable del paisaje en que nos criamos y desarrollamos, así como la historia del propio pueblo está esencialmente vinculada a su clima y geografía.

Watsuji pone especialmente el acento en esta inseparabilidad del hombre y su ambiente. Por eso evita considerar el ambiente—geografía, historia y cultura interpretándose mutuamente en la constitución de la nacionalidad y condicionadas por el fenómeno del clima— como algo meramente externo. Elabora un substantivo abstracto que podemos traducir por ambientalidad y se refiere a este condicionamiento climático-ambiental como a un “momento estructural de la existencia humana”. Al mismo tiempo que refle-

³ Véase también *Razón y fe*, junio, 1970 y diciembre 1971, donde presenté el pensamiento de Watsuji.

⁴ *El hombre y su ambiente (Fuudo)*, Madrid, ed. Castellet, 1974.

xiona sobre sus impresiones de cada paisaje lo hace sobre el hombre concreto que vive en ese entorno. Le impresiona la doble lucha contra el calor y la humedad del hombre que vive en clima monzónico y comenta: "La relación del hombre con el mundo no es agresiva, sino receptiva... captamos la estructura del hombre de la religión monzónica como aceptación y sumisión. En la humedad se nos revela esta estructura..."⁵. Observa Watsuji dentro de la zona monzónica las peculiaridades de japoneses, chinos e indios. Si estuviésemos aquí presentando solamente su obra nos interesaría sobre todo su interpretación del temperamento japonés comparándolo con los tifones. Pero lo que ahora nos interesa subrayar aquí es su método y su punto de vista antropológico-filosófico al considerar el fenómeno del clima existencialmente.

Veamos como ejemplo su comentario sobre la India:

"El talante de receptividad, dice, implica siempre inestabilidad y fluctuación ansiosa. El estar en movimiento al mismo tiempo que se es receptivo vivifica la pasividad y anima la impresionabilidad. La afluencia de la fuerza de la naturaleza aparece convertida en un desbordarse los sentimientos del hombre. La exuberancia sentimental de los indios proviene de su actitud receptiva. El talante de resignación lo es al mismo tiempo de docilidad. La naturaleza que da la vida ataca también con una violencia grande que aplasta en el hombre toda resistencia. El mismo calor continuado requiere ya una capacidad de resistencia máxima, y si se le añade la humedad, no queda más remedio que someterse. El monzón obliga al hombre a renunciar a oponerse. De este modo, la naturaleza debilita y marchita la energía activa del hombre y su tensión de voluntad. La afluencia del sentimiento de los indios no va acompañada de un poder de voluntad unificador"⁶.

A su paso por las zonas desérticas como viajero, no como hombre que reside en ellas, capta Watsuji con mayor sensibilidad la peculiaridad del clima desértico cuya sequedad y aridez determina un tipo de hombre caracterizado por la oposición y lucha contra la naturaleza⁷. La sumisión en el interior de la tribu y el enfrentamiento con lo de fuera, naturaleza y enemigos, tienen sus raíces en el entorno arisco del desierto.

Europa es para Watsuji, ante todo, la sorpresa inesperada del verde en montes y praderas. Contrasta con el paisaje desértico que vio al cruzar el canal de Suez. Contrasta también con Japón, ya que produce la impresión de una notable escasez de malezas:

⁵ *El hombre y su ambiente*, p. 51.

⁶ Id. 57-58.

⁷ Id. 80-82.

“Pasado el mar de la antigua Creta avizoramos por primera vez la costa meridional italiana. Aquella mañana lo primero que nos llamó la atención fue el verde de Europa. Un verde de una tonalidad especial que no habíamos podido ver en la India ni en Egipto... El profesor Otsuki me hizo caer en la cuenta: En Europa no hay lo que nosotros entendemos por *malezas*. Para mí fue como una revelación. Entonces empecé a captar la característica del clima europeo”⁸.

Es muy interesante su descripción de la lucha del agricultor japonés con las malezas, algo muy distinto de lo que en Europa se entendería por el mismo nombre, su impresión de monotonía ante el buen clima griego, la claridad de atmósfera mediterránea y la rectitud de los pinos. Pero más que estos detalles lo importante es su modo de enfocar el fenómeno del clima en relación con la cultura. Aparece claramente en unas frases conclusivas del capítulo sobre Europa.

“El estar condicionados por el clima ha dado lugar en todos los países a cualidades positivas en diversas direcciones. Eso es precisamente lo que nos hace cobrar conciencia de los propios puntos flacos, y así llegamos a aprender mutuamente. Haciéndolo así es como trascendemos el condicionamiento climático-ambiental y podemos ir progresando”⁹.

Hasta aquí algo del pensamiento de Watsuji sobre el clima y el hombre. En cuanto a Unamuno, bien saben sus lectores que para él estamos más bien dentro del paisaje que frente a él como espectáculo. Cuando reflexiona sobre sus paisajes del alma, además de ahondar en la identificación con el paisaje que nos rodea, hace problema del paisaje-ambiente como condicionante del alma del que lo contempla y de la casta histórica que ha vivido en su entorno. Unamuno considera cómo “el sujeto condensa en sí el ambiente”¹⁰ y cómo es muy difícil distinguir nítidamente en el seno de una cultura lo original de lo adventicio. El pensaba que el viajar enseña tanto o más que el leer y se iba de excursión por pueblos y tierras castellanas a familiarizarse con su paisaje¹¹. No se limita a describirlo sino que reflexiona como hacía Watsuji sobre la relación entre el hombre y su ambiente. El hombre no sólo se adapta pasivamente al ambiente sino se lo adapta¹².

Nos sacaría demasiado del tema presente una larga disquisición sobre el paisaje en Unamuno. Basten algunas referencias que ayuden a la comparación que intentamos. Se podría cotejar la des-

⁸ Id., 101.

⁹ Id., 170.

¹⁰ O.C. (ed. Escelicer), I, 992-997.

¹¹ O.C., I, 282.

¹² O.C., I, 992.

cripción del contraste entre el talante desértico y el japonés hecha por Watsuji con el modo de conferir Unamuno lo castellano con lo portugués. También se podría contrastar lo que dice Watsuji de la pasión contenida del japonés y de su mezcla de apasionamiento latente y resignación acompañada de sumisión externa, con lo que comenta Unamuno sobre la resignación gallega¹³.

Quizá al mismo Watsuji le habría gustado, al escribir sus impresiones sobre el clima desértico como telón de fondo del Antiguo Testamento, haber podido tener presentes las sugerencias unamunianas sobre el africanismo del cristianismo español y sus Cristos sangrantes¹⁴. También sería interesante contrastar el afán, que Watsuji califica de occidental, por trepar a las cumbres dominando la naturaleza y la contemplación oriental de la montaña desde el repliegue de un valle identificándose con la naturaleza al abrigo de la bruma bajo los pinares. Unamuno, pensando en su tierra natal, escribe:

“La montaña achica al hombre, porque se agazapa a vivir a su pie o en sus rinconadas y repliegues. Sólo se engrandece cuando pisa su cumbre. Pero, ¿qué montañés gusta de subir a ella? El montañés no es el hombre de las cumbres, sino el hombre de los repliegues del pie de la montaña, no es el que domina a ésta, sino el que es dominado por ella”.

Y ante el contraste entre este paisaje y lo abrumador del campo y cielo castellanos dice:

“Yo nada encuentro como mis montes que me cobijan”¹⁵.

Cuando el lector japonés lee las descripciones unamunianas del sirimiri, orvallo o llovizna y de la bruma vasca, asturiana o gallega, cree estar contemplando paisajes familiares. Ya sabemos que Unamuno tardó en apropiarse el paisaje castellano que le repelía al principio y con el que fue compenetrándose paulatinamente. No es la de Castilla una naturaleza que recree el espíritu, ni es fácil en ella la comunión con la naturaleza¹⁶, se echan de menos los matices, los contrastes, el “nimbo”¹⁷. Pero la riqueza de sensibilidad de Unamuno le permite captar estéticamente tanto la belleza del páramo como la del paisaje femenino de Galicia o el encanto de su Vasconia natal¹⁸. “Tu mar y tus montañas, Vizcaya mía, me hicieron lo que soy”, dice en su Vida de Don Quijote y Sancho. Y escribiendo a Maragall:

¹³ O.C., I, 383-388.

¹⁴ O.C., II, 273.

¹⁵ O.C., I, 129.

¹⁶ O.C., I, 809.

¹⁷ O.C., III, 221.

¹⁸ O.C., I, 504 y 307.

"No olvide que no soy castellano; aunque el alma de Castilla me haya empapado. El canto del Cantábrico meció mi cuna; nací y me crié en un puerto entre montañas. Y ni el mar ni la montaña verde son cosa castellana. Así comprenderá que pueda gustar de otras cosas. Pero esta tierra, esta tierra me ha ganado!"¹⁹.

Al comienzo de su estancia en Castilla le abrumaba el campo y el cielo castellanos y prefería el "lirismo ramplón" de las montañas norteñas. Me recuerda el comentario de un estudiante japonés que, venido de sus valles natales de Kyoto, se sentía abrumado en la llanura de Tokyo como sin cobijo ni abrigo de montes.

La evocación de las montañas nativas nos recuerda la relación tan importante en Unamuno entre el "paisaje del alma" y la memoria de la infancia:

"Aquellos paisajes que fueron la primera leche de nuestra alma; aquellas montañas, valles o llanuras en que se amantó nuestro espíritu cuando aún no hablaba, todo éso nos acompaña hasta la muerte y forma como el meollo, el tuétano de los huesos del alma misma"²⁰.

Pero si Castilla llegó a ser su segunda patria con la que cada vez se fue compenetrando más, también del paisaje de ésta hay que decir que era uno de esos "paisajes del alma". La recorrió en sus excursiones y en sus lecturas de los clásicos. La definió como "toda cumbre", expresión ante la que se estrellan la mejor buena voluntad y pericia de los traductores japoneses. Descubrió que también en ese paisaje hay un modo peculiar de elevarse a lo trascendente aunque sea distinto el tipo de contacto entre el hombre y la naturaleza.

Cerca de los sesenta años volverá Unamuno de nuevo al paisaje marítimo, esta vez con el matiz de Fuerteventura. Cantará entonces a la mar con tonos casi panteísticos, con los que sintoniza fácilmente el lector japonés. Paseando por la isla descubrirá también posibilidades inéditas de emoción ante el paisaje, a ratos con la simple contemplación de la aulaga mayorera y a ratos perdiendo la vista en el horizonte donde "tierra y cielo se funden en uno bajo el abrazo del mar"²¹. Ese mar es lo que echará de menos en París, donde tampoco encontrará el páramo ni la montaña. Se lamentará entonces de que a falta de esos tres paisajes fundamentales, sugeridores de lo intrahistórico y evocadores de lo eterno, sólo halla en la ciudad del Sena historia por los cuatro costados²².

¹⁹ Carta a Margall, 21-XII-1906.

²⁰ O.C., I, 362.

²¹ O.C., I, 549-563.

²² O.C., I, 570-572.

Detengámonos en este recorrido de Unamuno para recalcar más bien el punto de contacto principal con Watsuji. Tanto para Unamuno como para el pensador japonés es fundamental el sentido antropológico de la captación del paisaje. En el paisaje nos encontramos a nosotros mismos²³, se nos da un espejo de nuestra conciencia habitual y colectiva. No es la nuestra una conciencia aislada sino la de un ser situado en un paisaje-ambiente en el que descubre su alma al par que la proyecta sobre él:

“El que visita un país sin conocer la lengua de sus naturales para oírlos celebrar o lamentar su paisaje, no consigue ni crearse ese paisaje, que es un estado de ánimo comunal, ni recrearse en él”²⁴.

Watsuji hablaría de la autocomprensión de un pueblo en su paisaje y su historia inseparablemente vinculados²⁵.

En el ensayo *País, paisaje y paisanaje*²⁶, habla Unamuno de rastrear en la geografía la historia”. “A este paisaje, dice, le llena y da sentido y sentimiento humanos un paisanaje”. Tanto Unamuno como Watsuji ponen de manifiesto la vinculación íntima entre paisaje y conciencia, entre paisaje e historia. Hacen por salir de la estrechez de miras nacional después de percatarse reflejamente del clima-ambiente y de la historia que llevamos con nosotros y que en otro sentido nos lleva a nosotros. El significado profundo de “recrearse” ante el paisaje será para Unamuno el de un auténtico “re-crearse”. Su insistencia en percatarse de que “las cosas hacen la patria tanto o más que los hombres” y de que “yo y el mundo nos hacemos mutuamente”²⁷ se puede emparentar con la preocupación de Watsuji al comienzo de su obra por acentuar la vinculación de la conciencia con el cuerpo, del sujeto con el ambiente y de éste con la historia²⁸. Esto nos introduce en el segundo punto de estas consideraciones: la historia. El tratamiento será aquí más breve para evitar repeticiones de lo ya dicho sobre el paisaje.

2. Historia

La pregunta por el ambiente y paisaje en que se ha nacido se prolonga naturalmente en la interrogación acerca de la historia del propio pueblo. En este punto, dentro de las grandes diferencias entre Japón y España por su cultura y por su trayectoria his-

²³ O.C., cf. O.C., I, 363.

²⁴ O.C., I, 691.

²⁵ *El hombre y su ambiente*, 32.

²⁶ O.C., I, 705-707.

²⁷ O.C., I, 992.

²⁸ *El hombre y su ambiente*, 33-45.

tórica, hay un interesante tercio de comparación entre la problemática de los intelectuales japoneses en busca de su identidad nacional y la tensión entre europeización y casticismo que desde el siglo pasado viene preocupando a pensadores españoles.

Japón salió de su aislamiento nacional en 1868 con la restauración de Meiji, llegando en poco tiempo a ser el país oriental que más rápidamente había incorporado lo occidental. Crecen pronto generaciones que llevan ya desde su primera educación dentro de sí lo oriental y lo occidental a la par. Surge, por tanto, inevitablemente un fuerte problema de identidad, acentuado en aquellos que visitan el extranjero y tratan de estudiar y asimilar su cultura. Se plantea a menudo el problema de cómo conjugar la importación cultural occidentalizante con la propia historia y tradición. El lector español recuerda obviamente a Unamuno y Ortega. Igualmente la lectura de éstos hace pensar al intelectual japonés en sus propios problemas de identidad nacional. Watsuji arranca en su obra *Sakoku* (Aislamiento nacional) de un planteamiento que nos recuerda el de Unamuno en *En torno al casticismo*, la tensión entre cultura extraña y personalidad nacional. La oscilación posterior de Watsuji entre la admiración por lo europeo y la vuelta a lo japonés recuerda los bandazos de Unamuno entre europeización y casticismo. Ambos aspiran idealmente a evitar tanto los tradicionalismos a ultranza como los cosmopolitismos sin raíces. Unamuno insiste en que la subordinación no tiene por qué matar la individualidad y en que es incompatible el regionalismo con el universalismo. El veía en Alonso Quijano el prototipo del máximo de singularidad coincidente con el máximo de universalidad, en el que Cervantes había descubierto al hombre eterno que duerme dentro de cada uno de nosotros²⁹. También Watsuji, al reflexionar sobre la relación entre arte e historia propugnaba una "resonancia mutua de culturas que se empapan y tiñen las unas con los colores de las otras"³⁰.

Mientras Watsuji estaba en Europa trataba de empaparse en la historia de ésta, vivenciada a través de su arte y su paisaje. A la vuelta a Japón siente de nuevo dentro de sí la propia alma japonesa y se entusiasma escribiendo su *Peregrinación por los templos antiguos*. Relee entonces la historia de Japón a través del arte enmarcado en su paisaje. En *El hombre y su ambiente* propone una síntesis ideal, que él mismo no siempre logró, entre lo nacional y lo universal. Quiere que Japón se abra más al conocimiento de la historia europea y Europa a la de Japón, pero no por exotismo. Por eso critica a los europeos que mientras anhelan exóticamente lo oriental siguen pensando en el fondo que Europa es

²⁹ Cf. O.C., I, *En torno al casticismo*.

³⁰ *El hombre y su ambiente*, 244.

el centro del mundo. También Unamuno afirmaba que ningún país debe pretender creerse tal centro y que un tibetano puede enseñar mucho a un europeo³¹. Se oponía Unamuno a que un pueblo se arrogase el privilegio de ser santuario de la civilización. Y por eso proponía como dos tareas convergentes la de "intraespañolizarse" y la de "abrirse al mundo exterior, al ambiente europeo"³². Watsuji, en la citada obra, insiste en la toma de conciencia de la propia historia, no para idealizarla, sino para asumirla y trascenderla.

Unamuno, a la vez que aspiraba a conjugar casticismo y europeización en el mejor de los sentidos, no podía menos de sentir la tensión. Su manera de incorporar lo europeo no era una mera adaptación sino una lucha con ello:

"Aquí me tachan de mal español, de extranjerizado. Yo sé que si se despertara el deseo de sostener e imponer lo propio se asimilaría lo ajeno; yo sé que si fueran capaces de revolverse contra todos los principios directores de la civilización occidental entrarían de lleno en ella. Pero nada, no les interesa. Repiten la última novedad filosófica, científica, literaria o artística de Europa y siguen tan... los mismos"³¹.

Y dice también:

"Revolverse así contra la cultura europea moderna conociéndola y por conocerla, sintiéndola y por sentirla, es entrar en ella. Una de las relaciones más íntimas es la relación que llamamos de oposición; una de las solidaridades más estrechas es la de los combatientes. Esto le explicará muchas cosas más"³⁴.

En la base de esta aspiración de ambos pensadores estaba su modo de mirar la historia con ojos de filósofo y el hecho de participar, junto con esa mirada filosófica hacia lo universal, de una rica sensibilidad poética para la captación de lo particular e individual. Tanto el uso unamuniano del concepto de "intrahistoria" como la incorporación por Watsuji de los conceptos budistas de "vacío" y "totalidad" indican que la reflexión de ambos sobre el paisaje y la historia estaba penetrada de una mirada filosófica que iba más allá de la mera descripción y se orientaba hacia una visión profunda del sentido de la cultura.

3. *Lenguaje*

Todo lo visto hasta aquí sobre el paisaje y la historia cristaliza en el lenguaje que refleja, diacrónica y sincrónicamente, el univer-

³¹ O.C., VIII, 374-381.

³² O.C., I, 759.

³³ Carta a Margall, I-I-1907.

³⁴ Id.

so semiológico de una cultura. "El paisaje es un lenguaje", decía Unamuno, pero añadía "y el lenguaje es un paisaje". Watsuji se ha fijado especialmente en lo característico del lenguaje japonés como reflejo de su cultura. Sobre este punto es interesante leer todo el capítulo cuarto de la citada obra suya. Unamuno insiste en que el arte, inseparable del condicionamiento espacio temporal, paisajístico e histórico, está mucho más vinculado a la lengua del país que la ciencia. La lengua es para él el gran medio de penetración en la "vida difusa popular" que es, y en esto coincide también con Watsuji, algo mucho más hondo que la superficialidad exótica del folklore. Este tema del lenguaje sería, más que un tercer tema a continuación de los precedentes, una visión más profunda y fusionada de ambos. En la lengua podemos ver reflejado el paisaje, la historia y el alma del pueblo que la habla. El estudio de la lengua desde este punto de vista sería para Watsuji y Unamuno un modo de profundizar en las peculiaridades culturales de pueblos y épocas tratando de encontrar, a través de ella, lo universal humano al mismo tiempo y a través precisamente de lo particular y característico. Por eso les interesa tanto el estudio del lenguaje desde su punto de vista de filósofos de la cultura.

Aquí, sin embargo no desarrollaré este punto, sobre el que ya he escrito en dos ocasiones. Resumiendo solamente la conclusión de dos artículos anteriores sobre Watsuji y sobre la filosofía del lenguaje en Watsuji y Unamuno, las dos tesis principales en que coinciden ambos son: a) que hay que desentrañar la filosofía encerrada en el lenguaje popular; b) que hay que potenciar una lengua, fecundándola con el contacto de otras, para hacerla decir lo que es posible se diga en ella aunque no se haya dicho nunca todavía³⁵.

4. Patria

Como hemos visto, en su *En torno al casticismo* Unamuno nos invita a una síntesis fecunda de regionalismo e internacionalismo. También Watsuji, haciendo por evitar los escollos del cosmopolitismo superficial y del separatismo estrecho, parece querer armonizar el patriotismo de la patria chica con la anchura de corazón para con el resto del mundo.

No es exclusivo de Japón el caso de miles de jóvenes desarraigados al cambiar la patria chica de la aldea provinciana por el ambiente de la capital donde han de hacer sus estudios. Es natural que se experimente en esos casos la tensión entre la añoranza del terruño y la necesidad de liberarse de él saliendo al ancho mun-

³⁵ Cf. art. cit., del Boletín de la A.E.O. y "el idioma japonés y la filosofía según Watsuji" en *Pensamiento*, 27, 1971, 79-81.

³⁶ *El hombre y su ambiente*, 78.

do. Esta tensión es mucho mayor en el caso de la primera salida al extranjero. Lo es en un grado de intensidad especial para el que viene de Japón y ha de asimilar la cultura europea. Lo duro de este choque ha sido descrito con viveza por el novelista japonés Endo Shusaku en su novela *Hombre amarillo*, en la que describe la impotencia de un japonés abrumado por el encuentro con la cultura occidental que acaba devorándolo y haciéndole caer psicológica y físicamente enfermo.

Watsuji, incorporando un proverbio chino, nos recuerda que “dondequiera que vaya el hombre hallará un pedazo de montaña verde donde descansan sus huesos”³⁶. Tan íntimamente humana es, piensa él, la añoranza de la patria chica como la capacidad de abrirnos dondequiera que estemos a una segunda patria en la que arraigar. Llevamos con nosotros el ambiente que nos vio nacer, pero también la posibilidad de trascenderlo.

Unamuno, que no conocía este proverbio chino, decía con otra imagen algo semejante. Aunque en distintas tierras no vea uno su paisaje natal, sí puede ver el mismo cielo. Se dice, nota Unamuno, “mi tierra”, pero no se dice “mi cielo”. Es posible ver la misma constelación desde muy diversos lugares. Y tan humana es la vinculación que tenemos con la peculiaridad paisajística de la tierra natal como la apertura a una comunidad de paisaje celeste³⁷. Lo particular y lo universal son momentos esenciales e inseparables de nuestro ser de hombres.

Watsuji combatió el aislamiento nacional japonés, como hemos dicho antes, en su obra *Sakoku*. En otros lugares de su obra tiene la suficiente ambigüedad como para que permanezca el peligro de un uso nacionalista de sus textos y mentalidad, sobre todo en su *Ética*. Pero en *El hombre y su ambiente* aspira claramente a una complementaridad mutua de diversas culturas. El texto más significativo es el siguiente:

“...en el clima de la dehesa brilla más luminosa la luz de la razón y en el clima monzónico se cobra mayor conciencia de la finura de sentimientos... No se trasciende el clima ignorándolo... El país de clima de dehesa es en algún aspecto un paraíso, pero no debemos convertir nuestro país en dehesa. Lo que sí podemos es apropiarnos el carácter de la dehesa. Al hacerlo así, nuestro carácter, determinado por los tifones se abrirá a nuevas perspectivas...”³⁸.

Y en otro lugar:

“Hemos de amar nuestro clima y comprender el significado del destino de haber nacido en él. No es que el tener ese desti-

³⁷ O.C., VII, 660.

³⁸ *El hombre y su ambiente*, 170-171.

no sea algo excelente en sí, ni que vayamos a tenernos por eso como la corona de los pueblos, pero si lo fomentamos y lo superamos podremos contribuir a la cultura mundial con algo peculiar que no pueden ofrecer otros pueblos. Por tales contribuciones regionales tiene sentido el que diversas partes del globo posean características diversas”³⁹.

Unamuno defiende tanto en el trato entre individuos como en las relaciones entre los pueblos “la integración armónica de lo diferenciado” y la “armónica sinfonía de la variedad de notas”⁴⁰. Pien- sa que los pueblos ricos en habilidad deben completarse y ayudarse con los que abundan en genialidad⁴¹. Sabe que los pueblos, como los individuos, tienden a exagerar sus defectos y defenderlos como si fueran sus mejores cualidades⁴². Por eso recomienda tanto como la gimnasia en lo corporal y el examen de conciencia en lo espiri- tual, el estudio de la historia como fuente de un “conócete a ti mismo” colectivo que ayude a penetrar en el carácter popular ín- timo del propio pueblo. No nos vemos como un espejo en lo seme- jante, sino en lo diferente. Nos ayuda mucho ver cómo nos ven los extranjeros⁴³. Lo que es el espejo en lo corporal y la conciencia en lo espiritual, eso ha de ser el estudio de la historia en lo colectivo.

El lector japonés notará con interés que, por contraste con Watsuji, Unamuno no ve en la insularidad una justificación del aislamiento nacional, sino una ocasión de apertura ya que el mar, al facilitar la comunicación, nos pone en contacto con lo extran- jero y diferente, ayudándonos así a conocernos y abrirnos⁴⁴. Una- muno aplica las ideas arriba indicadas no sólo a las relaciones internacionales, sino también a las relaciones de las provincias y la capital, así como de las diversas regiones entre sí. Cuando cada una se decida a aprender de las demás, se abrirá un cauce de so- lución al problema político nacional de la “concordia entre las di- versas índoles de los pueblos que integran España”⁴⁵. El se sentía llamado a predicar en su patria esa síntesis de lo singular y lo uni- versal, lo castizo y lo internacional, con miras a una renovación política y espiritual. Usó para ello la plataforma de la cátedra y en esa preocupación se fundó su concepción de la universidad como verdadera “universitas”⁴⁶ con una misión a la vez patriótica y universal.

³⁹ Id., 285-286.

⁴⁰ O.C., VII, 395.

⁴¹ O.C., VII, 456.

⁴² O.C., VII, 854.

⁴³ O.C., I, 721.

⁴⁴ Cf. O.C., VII, 623.

⁴⁵ O.C., I, 750.

⁴⁶ Cf. O.C., I, 734.

Oponiéndose al nacionalismo insistió Unamuno a menudo en la distancia entre nación y pueblo⁴⁷. Un pueblo se hace patria cobrando conciencia de una historia y realizándola⁴⁸. Pero esta conciencia histórica ha de ir acompañada de una conciencia internacional y un sentido de misión ante los demás pueblos. Sin sentido de internacionalidad no hay auténtico sentido de patria, sino nacionalismo⁴⁹. Más aún, Unamuno piensa que a la larga los pueblos sobrevivirán a las naciones:

“La obra mayor tal vez de la historia sea crear razas históricas y dar a los pueblos personalidad diferenciándolos y preparando así la integración futura de la universal familia humana bajo el padre común”⁵⁰.

En diversas ocasiones trató Unamuno de precisar estas ideas aclarando que no es lo mismo lo popular que lo nacional⁵¹. El pueblo cobra conciencia de sí y madura como patria al realizar a la par un genuino internacionalismo unido a un sano regionalismo. De este modo el concepto de patria se polariza en dos aspectos que Unamuno llama respectivamente el sensitivo y el intelectual, correspondientes a la patria del campanario y a la gran patria de la familia humana. La patria completa resultaría así de la integración de la patria chica en la gran patria humana. A esa patria la llama la de los hombres emancipados.

Este concepto de emancipación, así como el de liberación del condicionamiento ambiental de que hablaba Watsuji, nos introduce en el último tema anunciado, el de la libertad, como resumen de la problemática planteada desde el comienzo de estas líneas. La reflexión sobre el paisaje y la historia nos condujo al tema de la lengua en el que cristalizan ambos. La reflexión sobre estos tres temas nos ha conducido a repensar el concepto de patria. Últimamente la reflexión sobre el problema radical humano subyacente al problema del patriotismo, nos obliga a pasar de la crítica de la cultura a la metafísica para interrogarnos sobre el sentido de la libertad humana esencialmente condicionada por el ambiente.

5. *Libertad*

¿Hasta qué punto es superable el condicionamiento geográfico, histórico y lingüístico de que hemos venido hablando? Si el ser hombre es esencialmente inseparable del ser español o el ser japonés, ¿qué queda de la creatividad humana de nuestra naturale-

⁴⁷ O.C., VII, 628-630 y 1195.

⁴⁸ O.C., VII, 1001.

⁴⁹ O.C., VII, 592.

⁵⁰ O.C., VII, 1195.

⁵¹ O.C., I, 904-906.

za común o de nuestra libertad?... Watsuji y Unamuno han confrontado este problema y han hablado de un proceso de liberación mediante la superación del condicionamiento ambiental. Recogiendo lo que Unamuno dice sobre la conciencia histórica y la síntesis de autorealización y autocritica nacional, así como lo que Watsuji afirma sobre la toma de conciencia, la superación y la realización de las propias características ambientales, podemos elaborar por nuestra cuenta, inspirados en ambos pensadores, un esquema del proceso de superación del condicionamiento ambiental en cuatro tiempos. Los denominaremos respectivamente toma de conciencia, liberación, redescubrimiento y superación.

La toma de conciencia del propio condicionamiento ambiental es el primer paso hacia su superación. Watsuji se refiere a menudo a esta toma de conciencia. Unamuno habla de un "implacable examen de conciencia" al estudiar la historia del propio pueblo. También usa expresiones como "examen de conciencia histórica" y "volver en sí". Quien se ponga en contacto con la cultura extranjera, no como turista, sino tratando de sumergirse en ella, experimentará esta toma de conciencia de su propia identidad nacional distinta de la del país al que trata de comprender y adaptarse. El español residente en Japón aprenderá quizá más sobre sí mismo como español que sobre el mismo Japón.

Al segundo paso de este proceso podemos llamarlo liberación o, si preferimos el término unamuniano al de Watsuji, emancipación. Es el momento de experimentar la necesidad de criticar y contrarrestar los propios puntos flacos. Es lo que Unamuno hacía al escribir sus ensayos sobre *El individualismo español* o *Más sociabilidad*. Entre los caracteres nacionales de que se envanece un pueblo, dice, suelen estar sus mayores defectos. Consecuencia del examen de conciencia histórico antes referido es el esfuerzo por una liberación de la carga negativa del propio pasado. El español en contacto con la cultura japonesa experimentará más al vivo la necesidad de liberarse de su individualismo y el japonés en contacto con la cultura española sentirá más la exigencia de superar su tendencia colectivista.

Al tercer paso lo denominaremos redescubrimiento. Watsuji piensa que la trascendencia del propio condicionamiento no se hace a base de renunciar desarraigadamente, sin más, al propio pasado. El autor de *Peregrinaciones por los templos antiguos* sabe bien lo que supone el redescubrimiento de los valores nacionales tras un período de esfuerzo por asimilar los extranjeros. Pero no se trata de una mera marcha atrás. Es que la asimilación de lo ajeno nos da un nuevo modo de ver lo propio que nos capacita para descubrir en ello posibilidades latentes que de otro modo habrían quedado sin explotar. Eso es lo que él intenta hacer en su ensayo, antes citado, sobre *El idioma japonés y la filosofía*. También Una-

muno añade al momento negativo de "despojarse del pueblo viejo" el momento positivo de "chapuzarse en pueblo" y redescubrir lo nacional.

Ahora bien, este volver a afirmar lo propio ya no se identifica con aquella primera afirmación ingenua que no había pasado por la toma de conciencia ni por los momentos negativo y positivo de la autocrítica. Se vuelve de otro modo. Watsuji, a la vuelta a Japón, siente dentro de sí el dilema entre lo japonés y lo europeo y la tensión de no ser él mismo ni lo uno ni lo otro, ni europeo ni el japonés que era antes de salir de Japón. Se impone la necesidad de integrar ambos modos de ser en una creatividad orientada al futuro. Ese es el cuarto tiempo del proceso que venimos considerando aquí. Podemos llamarlo superación. Pero es una superación del condicionamiento que, como dice Watsuji, está a su vez condicionada. No cesa el proceso de ir haciéndose libre. Unamuno ve este proceso como el del paso "de la patria chica a la humanidad". A eso apuntaba Watsuji cuando les decía a los japoneses que descubriesen dentro de sí mismos "gérmenes de claridad griega". Lo que en realidad les estaba proponiendo al presentarles la racionalidad occidental no era una importación superficial de ésta, ni tampoco una mera vuelta a lo ilógico. Se trataba de crear desde dentro de sí, con ocasión del contacto con lo ajeno, una nueva modalidad de racionalidad y de lógica *sui generis* a la japonesa. Algo semejante habría de decir de la conjugación unamuniana en *En torno al casticismo* del "chapuzarse en pueblo" con el "europeizarse"⁵².

Conclusión

Hemos visto cómo la meditación sobre el paisaje de la propia tierra llevó a Unamuno y a Watsuji a pensar sobre el "paisanaje" y cómo la consideración del clima-ambiente les llevó a repensar la tradición histórica del propio país, hecha carne y sangre en la lengua natal. Planteado a partir de estos enfoques el problema del concepto de patria, surgió últimamente la interrogación por la esencia de la libertad humana y su condicionamiento ambiental. Watsuji y Unamuno trataron, no siempre con idéntico resultado, de integrar libertad y condicionamiento. Buscaron esta integración por el camino de una toma de conciencia progresiva del paisaje, la historia y la lengua propias que les capacitase para estimular su creatividad hacia el futuro de un nuevo modo de ser nacional y universal.

En este marco su filosofía de la cultura atisba un concepto de patria en el que la llamada patria chica y la patria nacional se

⁵² He abreviado en toda esta parte las citas, ya que traté el tema detalladamente en el citado artículo de *Razón y fe*, diciembre, 1971.

aúnan en la patria mundial desde la perspectiva de una visión profunda de la naturaleza humana. Cuando se sacan las consecuencias últimas de esta visión se pasa del cosmopolitanismo al universalismo, del nacionalismo al patriotismo y del separatismo al auténtico regionalismo.

Ni el Japón de hoy es el de los días en que se escribió la obra de Watsuji, ni la España actual es la de Unamuno. Sin embargo, *mutatis mutandis*, lo que Unamuno escribía en 1895 y Watsuji en 1927 sigue teniendo una vigencia actual. De uno y otro podrían aprender sus respectivos países para su situación presente. Pero el descender a esas aplicaciones cae ya fuera del propósito del presente ensayo.

Tokyo

JUAN MASIA CLAVEL